
CAPITULO LXVIII.

EL CONGRESO DE GINEBRA.

Oponerse á la guerra, conjurar sus ódios, herir á los déspotas, formar una liga europea que se interpusiese con ramos de olivo entre los contendientes, cuyo choque podia ser tan espantoso como el choque de dos planetas en la inmensidad del espacio, era un bello programa. Toda idea, lanzada á los cuatro vientos de la publicidad por un periódico, tiene partidarios, y los tuvo la idea del *Temps*, partidarios que comenzaron por formar una pequeña liga y concluyeron por convocar un gran congreso. Este congreso no debia ya limitarse á impedir la guerra entre Francia y Prusia, objeto conseguido por las conferencias de Londres, sino que debia formular un código de paz entre todas las naciones.

El teatro del congreso debia ser Ginebra. Pocas ciudades hay en el mundo tan hermosas, tan espléndidas como Ginebra. Yo he pasado tres meses de mi vida en su seno, y cuando la recuerdo me parece que sueño. Delicioso es el valle donde el Jura extiende al Occidente sus celestes muros, y la cadena del Mont-Blanc extiende al Oriente sus agu-

jas de cristales eternos, que ya semejan pirámides, ya inmensas rotondas de una blancura immaculada, sólo interrumpida por las nubes que la buscan como bandadas de águilas, ó por los rayos del sol poniente, que la hermean con sus rosadas tintas. Desde las cumbres del Mont-Blanc y del Jura descienden, como un oleaje de piedra, montañas de caprichosas formas, colinas que vienen á morir al pié de esa preciosa turquesa, engarzada en sus sandalias, que se llama el lago de Ginebra. Sus aguas tienen el color de un espléndido cielo del Mediodía, y es tal su transparencia, que parece que doblan la luz del sol ó de las estrellas cuando se miran en su espejo. Todo es titánico, sublime, como los restos de un mundo desgajado en las empinadas cordilleras, llenas de rocas estriadas por las nieves eternas y heridas por los aludes, y todo es bello, gracioso, como el cuadro de un idilio, en las colinas que circundan el lago, llenas de jardines, donde levantan sus caprichosas torres blancos caseríos y pintorescas quintas, sobre cuyos tejados vuelan las palo-

mas y á cuyas puertas se apacientan las vacas. Para que nada falte, al límite mismo del lago, al Mediodía, nace el Ródano, precipitándose con un ímpetu incalculable y abriéndose en dos cauces, por los cuales corren sus aguas azules recamadas de espumas, como si quisieran abrazar toda la ciudad; en su parte moderna, coqueta como Cádiz, y en su parte antigua, sombría y severa como Toledo. Desde los muelles se ve en primer término la ciudad moderna con sus blancos edificios, y despues la ciudad antigua con sus negros torreones; la isla de Rousseau, llena de sauces y de álamos, monumento levantado al profeta de la revolucion política, y la sombría catedral, por donde raya aún la sombra de Calvino, el dictador espiritual de la revolucion religiosa. Todo habla al espíritu, todo convida á la meditacion: el lago, que á cada momento cambia de color, las montañas gigantescas, las graciosas colinas, las selvas, las aves acuáticas, que rozan las espumas, y las velas latinas, que cortan el horizonte, los inmensos ventisqueros tendidos al borde oscuro de los abismos, y las casas cubiertas de yedra, que bañan sus cimientos en las tranquilas aguas; los contrastes de la Égloga y de la epopeya en la naturaleza; el caos coronando una campiña digna de Andalucía ó de Italia, campiña enriquecida por todos los tonos de la luz y por todas las armonías de la vida.

Examinemos la ciudad desde el punto de vista político. Ginebra es una República. En sus calles no se ve un soldado. Bajo su cielo, caben todos los cultos. A las puertas casi de la estacion de Francia, la Iglesia Católica; en el centro de la ciudad, la catedral protestante. Frente por frente de la Sinagoga, el templo masónico. Desde el lago se descubren resplandecientes en el horizonte las torres doradas de la iglesia griega. La imprenta es allí tan libre como la palabra, y la asociacion tan libre como la imprenta. El sufragio universal engendra el gobierno que, como nombra-

do por todos, es responsable ante todos. Las leyes constitucionales son por el pueblo entero sancionadas. Cuando llegais á la hospitalaria ciudad, ningun agente de la policia os pregunta vuestro nombre, ni os registra ningun agente del fisco vuestro equipaje. Pero veamos el reverso de la medalla. Ginebra es acaso el canton ménos tranquilo de la pacífica República suiza. Enclavado en el imperio francés, temia que á cada momento le ahogase el gigante, en cuyos brazos reposaba. Y ese temor ha llenado casi toda su historia, porque puede decirse que casi toda su historia es una lucha permanente con los duques de Saboya, region hoy perteneciente á Francia. Ginebra empezó por derribar el feudalismo de su Obispo, y concluyó por derribar el feudalismo de sus Duques. Como estos fueran católicos, acaso en odio suyo abrazó el protestantismo para fundar su república. Unida la causa protestante á la causa republicana, y una y otra á la causa de la independencia, Ginebra ató el protestantismo, como el santuario espiritual de todo cuanto hay para ella de sagrado en su historia. Mas los hechos históricos no se modifican en un dia. La sombra de los Duques de Saboya ha desaparecido ya, y sin embargo, sus soldados perturban todavía la tranquilidad de la República. Estos soldados son los habitantes de Carouge, ciudad anexionada á Ginebra y que hoy forma uno de sus más populosos cuarteles.

El Duque de Saboya la fundó como rival de Ginebra, y aún dura esa rivalidad. Los católicos de Carouse profesan odio implacable al protestantismo y á los protestantes. Como quiera que el protestantismo es la religion de más predominio, para combatir sus privilegios, se han refugiado los católicos á la sombra de la bandera más radical. Además, la aristocracia es la más protestante entre todas las clases de Ginebra. El representante del partido radical en la ciudad de Calvino, es un hombre de grande ta-

lento, de poderosa palabra, pero de una vida pública que manchan innumerables errores. Sus amigos convirtieron la ciudad severa de Calvino en verdadero garito. Por espacio de algunos años los jugadores que han compartido su banca, fueron los dueños de Ginebra. Sus arbitrariedades azotaron el rostro de los ciudadanos, como si hubieran llegado á convertirlos en esclavos. Los desórdenes de su jefe mataron al partido radical, que perdió la direccion de la República. Desde entonces no hay motivo que el jefe de los radicales no aproveche para ganar las elecciones y reconquistar el poder.

Grande agitador, subleva las conciencias con ideas en que no cree; y grande intrigante, mancha las elecciones con escenas demagógicas que repugnan á su carácter aristocrático. El recuerdo de los antecedentes históricos de Ginebra es muy necesario para explicar todas las tempestuosas escenas.

Seamos justos: el Congreso de la paz se convirtió en congreso de la revolucion. Se habia comenzado por invitar á todos los jefes reconocidos de la revolucion europea. Casi todos ellos se negaron á asistir. Los que en Francia mantenian la causa democrática tenian dos inconvenientes: primero, el temor de encontrarse con los desterrados, que son á sus ojos ó una reconvenion ó un remordimiento; segundo, el temor de que por ciertas declaraciones más ó ménos audaces á que les forzara el espíritu reinante en el Congreso, fueran castigados á su vuelta á Francia. Los desterrados tenian para asistir dos inconvenientes. Primero, muchos de ellos habian sido expulsados de Ginebra á instancias de Napoleon. Segundo, casi todos creian que la paz no era posible mientras la libertad no triunfase, y que el triunfo de la libertad no era posible sino por medio de la revolucion. No quiero creer, y por lo mismo no quiero mencionar un tercer inconveniente: las rivalidades que desgarraban de continuo el seno de la emigracion francesa. El Congreso abortó

verdaderamente. Levantáronse contra él muchos elementos pura y exclusivamente ginebrinos. Los ciudadanos de Ginebra, que tienen la República, se inquietan poco de que la República triunfe ó no en el resto del mundo. Pero los ciudadanos de Ginebra se inquietan mucho de que Francia pueda violar su neutralidad ó acabar con su independencia. Y no querian en su recinto un congreso que pudiera considerarse como una amenaza á Napoleon. Las cuestiones religiosas entraron por mucho, como entran siempre en Ginebra. Los protestantes se habian indignado de que el Congreso proclamase el racionalismo como base de la libertad, cuando ellos unen todas sus antiguas libertades á su antigua religion. Los católicos se habian indignado de que el Congreso pidiese la caida del Papa y declarase la muerte del Catolicismo. Los conservadores repugnaban el Congreso por su carácter radical. Los radicales, en su mayoría católicos, le anatematizaban por su carácter heterodoxo. El jefe del partido radical queria dos cosas: hacer algo que fuera grato á los fieles de Nuestra Señora de la Coulourvriery y algo que fuera grato á los huéspedes de las Tullerías. Pues nada podia ser tan grato á unos y otros como la disolucion violenta del Congreso. Para esto llevó allí unos cuantos vociferadores que impidieran el nombramiento de un Comité permanente.

Con esto, si bien el Congreso pudo celebrar todas sus sesiones y votar todo su programa, los misioneros de la paz en verdad se disolvieron á los ojos de Europa, desgarrados por todas las apariencias de una guerra, como si este fatal veneno se respirara en los aires. Mazzini expresó las opiniones generales de la democracia europea en una carta que á su profundidad de pensamiento, unia ese caloroso estilo meridional tan lleno de subidos tintes y de deslumbradores matices como el cielo de Italia. Mientras no tengamos patria, mientras no tengamos hogar, mientras estemos condenados á ocultar nues-